

2006. *Recordando a Pereda*. Edición de Raquel Gutiérrez Sebastián. Santander, Caja Cantabria/Ayuntamiento de Santander, 2007, 107 págs.

Este libro recoge ocho conferencias dictadas a lo largo de 2006 con el patrocinio de la Obra Social de Caja Cantabria en conmemoración del centenario de la muerte de José María de Pereda, el mejor exponente de las letras cántabras del siglo XIX y una de las cumbres de la narrativa española decimonónica. Las conferencias ofrecen una diversidad de aproximaciones a la figura y obra del escritor de Polanco, teniendo cabida en ellas tanto los artículos de tono erudito que versan sobre aspectos biográficos o sociohistóricos como las exégesis críticas acerca de su producción literaria. La variedad de asuntos tratados, lejos de atentar contra la unidad del conjunto, realza el perfil humano y artístico de un creador para quien ética y estética fueron siempre dos caras de la misma moneda.

En «Tres espíritus afines y una mala hierba: Pereda y la novela europea», Anthony H. Clarke exhibe su saber comparatista al objeto de cuestionar un lugar común de la crítica: la escasa receptividad de Pereda a la literatura europea de su tiempo, limitada generalmente a las huellas de Balzac y Dickens. El profesor Clarke amplía la lista de influencias e incluye los nombres de Alessandro Manzoni y Alphonse Daudet como «más que probables» (8). Según arguye Clarke, es verosímil suponer que Pereda se valió de tres rasgos característicos de Manzoni: la unión de drama humano y naturaleza física; la visión «comprensiva e innovadora» (9) de la gente del pueblo; finalmente, el papel de los dos clérigos en *I Promessi Sposi*, el cual guarda estrechas semejanzas con el del padre Apolinar en *Sotileza*. En cuanto a Daudet, el hispanista inglés señala que algunos episodios de *Peñas arriba* (la caza del oso o el rescate de Chisco) están inspirados en otros del ciclo tartarinesco del novelista francés. El tercer espíritu afín es Thomas Hardy, quien comparte con Pereda una predilección por la novela de ambientación rural contrapuesta al realismo urbano dominante. Sin embargo, en este caso no puede hablarse de influencia directa, pues es casi seguro que Pereda desconoció la obra del autor victoriano. Por último, la «mala hierba» alude al otrora célebre Paul de Kock, cuyo nombre aparece citado tres veces en *Pedro Sánchez*. Algunas escenas de tono subido en *El buey suelto* y *De tal palo, tal astilla* se deberían asimismo a la atracción que ejerció en Pereda la manera «provocativa» y «estimulante» (11) del folletinista galo.

El artículo de Demetrio Estébanez Calderón, «Pereda frente a la revolución de 1868: compromiso político, periodismo combativo y creación literaria», es un documentado análisis histórico que hace hincapié en la visceral oposición del autor cántabro al programa de reformas del Sexenio Democrático (1868-1874). La indiferencia de Pereda en asuntos políticos experimentó una súbita transformación tras el estallido de la Gloriosa, tanto por influjo familiar como porque los efectos de la revolución atentaban contra sus convicciones en el orden social y moral. A este respecto, los artículos que publicó en *El Tío Cayetano* durante el período 1868-1869 satirizan a representantes e instituciones del Sexenio, al tiempo que proclaman su adhesión a un credo tradicionalista teñido de componentes ético-religiosos. Estébanez Calderón trae asimismo a colación la adscripción de Pereda a la Junta Tradicionalista de Cantabria, con colaboraciones en la revista *La Monarquía Tradicional* a partir de 1870. Su dedicación a la política culmina en la participación en una campaña de la que salió elegido diputado a Cortes por el partido carlista en 1871 –campaña que lo llevó a recorrer los pueblos de La Montaña y de la que legó un testimonio inolvidable en la novela corta *Los hombres de pro*. Por falta de tiempo, se trata someramente la presencia del Sexenio

en la creación literaria, remitiéndonos el autor a una segunda parte que apareció en el número 82 de este *Boletín* correspondiente al año 2006.

Otro gran especialista en la obra del novelista de Polanco es Salvador García Castañeda, cuyo artículo se titula «Cara y cruz de un novelista: las cartas de Pereda». Anticipo de una futura edición del epistolario en el que lleva trabajando desde hace tiempo, García Castañeda agrupa las cartas que Pereda escribió entre 1851 y 1906 en cuatro categorías: las familiares, dirigidas a parientes y amigos del grupo santanderino; las destinadas a otros amigos y conocidos; los prólogos a libros que le mandaban para reseñar; y las cartas abiertas que se publicaban en los periódicos. Buen conocedor de la poética epistolar a través del manejo de una sólida bibliografía, García Castañeda evita extraer conclusiones definitivas acerca de la veracidad de determinados aspectos de su persona que Pereda refiere en la correspondencia. Así pues, no hay que dar crédito a la despreocupación por el éxito de sus obras de que el novelista hacía gala fuera de su círculo íntimo, a sabiendas que ello le ocasionaba una profunda ansiedad. Tampoco debe engañarnos su fachada de provinciano indiferente a las intrigas del mundillo literario madrileño, pues efectivamente estaba más enterado de los sucesos de la capital de lo que algunas cartas dejan traslucir. La conclusión de García Castañeda apunta a que la valiosa información que el epistolario transmite sobre la vida y actividad literaria de Pereda no rebaja la complejidad de éste como ser humano.

Rafael Gómez, quien durante años ejerció el cargo de director de la Casona de Tudanca, combina erudición y crítica literaria en el artículo «Inmortales en la Casona de Tablanca». El objetivo del mismo se cifra en tres puntos. En primer lugar, se amplía lo conocido hasta la fecha acerca de las relaciones entre Pereda y el solar de los Cuestas en Tudanca, del que aquél llegó a disponer de abundantes noticias recogidas de diversas fuentes. En segundo lugar, se aportan nuevos datos sobre la historicidad de don Celso, trasunto de Francisco de la Cuesta y Cossío (1810-1883), quien, al igual que el hidalgo de *Peñas arriba*, ejerció el patriarcado y su misión de protectorado moral en Tudanca. Para terminar, se ofrecen algunas claves interpretativas que dilucidan el propósito del autor en la mentada novela. La elaboración del mito del *Nacadero del hombre* conlleva la adopción de un costumbrismo que trasciende el plano estético, planteando una reflexión de carácter metafísico y antropológico que remite en última instancia a la desnaturalización del hombre moderno, «secuestrado por el urbanismo y la cultura del progreso» (59).

Editor junto a Anthony Clarke de las *Obras completas* de Pereda en Ediciones Tantín y autoridad indiscutible en la obra del polanquino, José Manuel González Herrán nos brinda el artículo «La aventura del joven que viaja (entre corte y aldea), en la ficción de José María de Pereda». González Herrán parte de un supuesto ya explicitado en trabajos suyos anteriores, a saber: la importancia que el motivo de «La Aventura del Joven que viaja (entre corte y aldea)» tiene en la ficción perediana. Además de los ejemplos clásicos de *Pedro Sánchez* y *Peñas arriba*, el tema aparece en un buen número de relatos anteriores, a modo de ensayo que prepara el terreno hasta su plasmación definitiva en las dos novelas mencionadas. Las muestras más primerizas se encuentran en cuatro de las *Escenas montañosas* (1864): «El jándalo», «A las Indias», «Arroz y gallo muerto» y «*Suum cuique*». En *Tipos y paisajes* (1871), el motivo se reitera en los cuadros «Blasones y talegas» e «Ir por lana...». Lo mismo cabe decir de los tres relatos que componen *Bocetos al temple* (1876): *La mujer del César*, *Los hombres de pro* y *Oros son triunfos*. Finalmente, González Herrán se ocupa de la presencia de dicho motivo en

las novelas *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879), *De tal palo, tal astilla* (1880), *El sabor de la tierra* (1882), *La puchera* (1889), *Al primer vuelo* (1891) y *Pachín González* (1896). La asiduidad con que Pereda dio cabida al patrón argumental del Viaje entre Corte y Aldea demuestra «la unidad de sentido» (71) que informa una producción narrativa que se extendió a lo largo de más de treinta años.

«La imagen literaria de lo propio: *El sabor de la tierra* de José María de Pereda» da título a la colaboración de Raquel Gutiérrez Sebastián, la peredista joven de mayor proyección en la actualidad y autora de la introducción del volumen que reseñamos. Su artículo tiene por objeto despertar el interés de crítica y lectores hacia una de las obras más desatendidas de Pereda. Para ello resalta la importancia histórica de *El sabor*, apertura de un fecundo ciclo en torno al retiro idílico a «la paz de su aldea» (76). Al inclinarse por la novelística rural de costumbres, Pereda encontró la fórmula que mejor se ajustaba a su talento, siguiendo con ello los consejos de su mentor Menéndez y Pelayo. Las técnicas costumbristas puestas al servicio de la narración se combinan en *El sabor* con la formulación de una ideología que, a partir de aquel momento, va a vertebrar la producción perediana. Aquella se cifra, como sabemos, en la evocación e idealización nostálgicas de los modos de vida del pasado ante el avance inexorable de la modernidad. Gutiérrez Sebastián concluye su trabajo aduciendo que la incompreensión hacia *El sabor* se debió tanto a su naturaleza híbrida como a que rompió con la novela tendenciosa en boga durante la segunda mitad de la década de 1870.

Benito Madariaga, autor de una excelente biografía de Pereda, trata de los eventos principales que configuraron «El año 1906 en la vida de Pereda, Menéndez Pelayo y Pérez Galdós». En 2006 se conmemoraron, además del centenario de la muerte de Pereda, los ciento cincuenta años del nacimiento de Menéndez Pelayo –a tal efecto, el ya mentado volumen 82 del *Boletín* recuerda conjuntamente a estas dos figuras de la literatura y la erudición montañesas. Por otro lado, en 1906 Galdós se hallaba enfrascado en la redacción de la cuarta serie de *Episodios Nacionales*, viendo dos de ellos la luz en aquel año. A partir de estos datos, Madariaga traza el retrato de unas vidas que confluyeron continuamente por la amistad recíproca y su adscripción a la región cántabra (recordemos que Galdós se hizo construir la finca «San Quintín» en Santander para residir allí durante los veranos). A modo de conclusión, Madariaga se pregunta por la consideración que en la actualidad merecen estos tres cultivadores de las letras decimonónicas, con la esperanza de que los homenajes tributados contribuyan a un conocimiento más profundo de su vida y obra.

El volumen se cierra con una colaboración de otro especialista en Pereda, Enrique Miralles, que trata de «La imagen de Santander en la obra literaria de Pereda». Dado el amor que el escritor sentía hacia su tierra natal, no sorprende que el cuadro que encabeza *Escenas montañesas* se titule precisamente «Santander, antaño y hogaño». La demarcación entre pasado y presente, simbolizada en la llegada del ferrocarril, reaparece con frecuencia en su obra hasta llegar en *Sotileza* a una apoteosis del «paraíso perdido» (104) del Santander de la infancia. Miralles nota a renglón seguido que la descripción fidedigna de la capital cántabra perdió protagonismo en las novelas siguientes. El hecho se explica por el rumbo distinto que Pereda dio a su narrativa, en especial en *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, con «nuevos contenidos, nuevas construcciones y nuevas fórmulas discursivas» (107). Sin embargo, la iniciativa de crear un espacio urbano más vago e impreciso no alcanzó el éxito esperado, por

lo que Pereda decidió abandonar una práctica que en el fondo atentaba contra sus convicciones realistas.

La enjundia de los ocho artículos reseñados corrobora la fortuna que la crítica literaria ha deparado a Pereda en los últimos treinta años, en los que su bibliografía ha crecido de una manera espectacular tanto en calidad como en cantidad. Desafortunadamente, la extraordinaria labor de estos y otros estudiosos (Laureano Bonet es aquí una referencia obligada) no ha venido acompañada de la adhesión mayoritaria de un público lector, en el que ni tan siquiera figuran ya los mismos especialistas en el siglo XIX. Desde estas líneas quisiera unirme al coro de quienes, como Gutiérrez Sebastián, están convencidos de que la literatura del cántabro ofrece un «gran legado cultural y estético» (6) al presente. Ojalá que este centenario haya servido, por lo menos en parte, para recuperar la vigencia de un escritor que tiene bastante que decir en un momento como el actual, cuando la conciencia de una naturaleza en vías de extinción y la necesidad de una mayor solidaridad a nivel colectivo reclaman urgentemente la atención de todos.

TONI DORCA
MACALESTER COLLEGE